

## **Extrañas pasiones: el caso de Lorenzo en *Hermana de los ángeles* de Florencio M. del Castillo**

*Strange passions: Lorenzo's case in Hermana de los ángeles by Florencio M. del Castillo*

**Héctor Justino Hernández Bautista** 

Universidad Veracruzana, Veracruz, México

justin\_cmr4@hotmail.com

Recibido: 26 octubre 2024 / Aceptado: 9 abril 2025

### **RESUMEN**

En el presente artículo se analiza la representación masculina del personaje de Lorenzo en *Hermana de los ángeles*, de Florencio María del Castillo, a partir de los postulados sobre el personaje romántico ofrecidos por Doris Sommer, Ana G. Fernández Chouciño, entre otros. Además, se contrasta con el contenido de la novela corta sentimental mexicana de la primera mitad siglo XIX para indagar las diferencias en la configuración de Lorenzo respecto a otras historias y personajes de su tiempo. De esta manera, se postula que su representación se acerca a la del personaje masculino romántico, aparecido posteriormente durante la segunda mitad del XIX.

**PALABRAS CLAVE:** masculinidad, narrativa, novela corta, romanticismo

### **ABSTRACT**

*This article analyzes the masculine representation of the character of Lorenzo in Florencio María del Castillo's *Hermana de los ángeles*, based on the postulates on the romantic character offered by Doris Sommer, Ana G. Fernández Chouciño, among others. In addition, it is contrasted with the content of the Mexican sentimental short novel of first half of the nineteenth century to investigate the differences in the configuration of Lorenzo with respect to other stories and characters of his time. In this way, it is postulated that his representation is close to that of the romantic masculine character, which appeared later during the second half of the nineteenth century.*

**KEYWORDS:** *masculinity, narrative, romanticism, short novel*

## INTRODUCCIÓN

Florencio María del Castillo Velasco nació el 27 de noviembre de 1828 en la Ciudad de México, de padres costarricenses llegados a Nueva España antes del inicio de la Independencia. Desde muy joven, en el seno de una familia liberal, se interesó por la escritura. A los veinte años ya había publicado en algunos periódicos de la capital artículos, columnas y leyendas donde es posible descubrir la veta romántica que caracterizaría el resto de su obra (Mata, 2005). En 1848, publica su primera novela corta, *Horas de tristeza (Fragmentos de un diario)*, en un periódico de la capital. Se unió a la Academia de Letrán y poco después al Liceo Hidalgo. Su primer libro publicado fue una compilación de novelas cortas (llamadas entonces de distintas maneras: novelitas, leyendas, etcétera) titulada *Horas de tristeza* (1849), que reúne los textos *Amor y desgracia*, *La corona de azucenas*, *Dolores ocultos* y *Hasta el cielo*.

En 1854 se publica su novela más extensa, *Hermana de los ángeles*, su último texto de ficción. A partir de esta fecha, Del Castillo se concentra por completo en sus escritos políticos y en su quehacer periodístico, de los cuales dio a la imprenta una profusa cantidad; además de dedicarle parte de su tiempo a su trabajo en el gobierno. Del Castillo era un acérrimo liberal que había seguido las causas nacionales desde su juventud. La renuncia a la ficción fue una especie de apuesta por la construcción del Estado nacional, proyecto al que se sumaron la mayor parte de los intelectuales y escritores latinoamericanos durante el siglo XIX y que implicaba la búsqueda de la legitimación de los estados nacionales democráticos, así como la construcción de una identidad al interior de sus fronteras (Sommer, 2004).

El autor de *Horas de tristeza* (1849) gozó en vida de cierta popularidad. Fue ampliamente leído por sus contemporáneos, quienes elogiaron su estilo, llamándolo incluso “el Balzac mexicano”, quizá con excesiva benevolencia según críticos posteriores. Al respecto, Mata (2005) afirma que todas las novelas de este autor son parecidas entre sí y agrega, en *La novela corta mexicana en el siglo XIX*, lo siguiente: “en literatura [Florencio M. del Castillo] es un redomado romántico, siempre proclive al lamento, meloso hasta la exasperación. Sus heroínas, en su inmensa mayoría adolescentes, son tétricas, de vidas desdichadas, lacrimógenas. Fieles a su raigambre romántica, en vez de actuar sienten” (2013, pp. 50-51). Y, poco más adelante, sobre las novelas cortas de Del Castillo:

están construidas con base en caracteres opuestos, y las tramas resultan muy esquemáticas, es posible observar en ellas algunos elementos característicos de las novelas cortas: una

atmósfera muy intensa y anécdotas que, salvo poquísimas excepciones, transcurren en muy poco tiempo, casi siempre un par de días, lo que acentúa su intensidad. (2013, p. 52)

Estas apreciaciones, como veremos más adelante, se corresponden con otras que ha tenido la crítica sobre la obra de Del Castillo a lo largo de los últimos cien años. No obstante que, en su descargo, cabe mencionar que fue uno de los primeros novelistas que experimentaron con el género de la novela breve en el país. Su obra se adhirió a un modelo de escritura romántica que contribuyó a la búsqueda de otros escritores de su tiempo por hacer de la literatura un instrumento de ejemplaridad, particularmente a raíz de la inestabilidad democrática. En este sentido, no habría que desestimar la posible influencia de su visión estética (didáctica, al fin y al cabo) sobre el resto de sus contemporáneos y sobre sus lectores.

Durante el periodo conocido como Intervención francesa (1861-1867), Del Castillo se unió al ejército republicano. Debió huir de la Ciudad de México, pero al verse falto de dinero, regresó para vender su casa; en el intento, fue capturado y llevado a Veracruz, donde lo encerraron en San Juan de Ulúa. Allí contrajo una infección que lo condujo a la muerte el 27 de octubre de 1863, a los 35 años; su cadáver nunca se logró recuperar. De forma póstuma, se editaron sus *Obras completas*, en 1872, donde se incluyen además de los trabajos mencionados, la novela *Culpa*, un par de artículos y un ensayo biográfico sobre el dramaturgo Manuel Eduardo de Gorostiza;<sup>1</sup> esta es la edición que se utiliza en el presente trabajo. Hubo una nueva edición sin todos sus textos titulada solo *Obras*, de 1875, y una más, de nuevo sin toda su producción, en 1902, titulada *Obras. Novelas cortas*. Por último, en 1982, la editorial Premià publicó *Hermana de los ángeles*, la única de sus novelas que ha tenido una reedición en nuestra época.

En el ensayo “La narrativa breve de Florencio M. del Castillo” (2015), Sánchez revisa la recepción que tuvo el autor a lo largo del tiempo y pone en evidencia el viraje en la opinión que despertaban sus novelas cortas entre sus contemporáneos y entre aquellos que, ya en el siglo xx, lo conocieron solo a través de su lectura. Mientras que los primeros lo alaban por ser un escritor agradable que buscaba enseñar, los segundos lo desdeñan por encontrarlo sentimental en exceso. Altamirano, por ejemplo, escribe:

En esas leyendas no se sabe qué admirar más, si la belleza acabada de los tipos, o el estudio de los caracteres, o la exquisita ternura que rebosa de sus amores, siempre púdicos, siempre

<sup>1</sup> Mata comenta que, Del Castillo, en su juventud, se dedicó a la crítica teatral con el seudónimo “Clarín” (2005, p. 144).

elevados, o bien el estilo elegante y fluido del diálogo; o la verdad de las descripciones, que son como fotografías de la vida en México. (1868, p. 403)

El escritor de *Clemencia* (1869) expresa una verdadera admiración por Del Castillo. El sentimentalismo del que se le acusaría después debió ser leído en su momento con beneplácito, como una forma de aportar al proyecto moral de la nación, un modelo para que las lectoras, principalmente, aprendieran las vías que se consideraban correctas para el comportamiento femenino; de ahí que sus personajes mujeres despierten el interés de investigadores en la actualidad.<sup>2</sup>

Ya en 1914, poco más de diez años después de la última publicación de las obras de Del Castillo, Federico Gamboa, en su ensayo *La novela mexicana*, nota las fallas de las que se le acusarán en subsecuentes obras críticas:

malamente, pero malísimamente se le apodó el “Balzac mexicano”. Herejía tamaña apenas es concebible, si se atiende a que de antiguo aflígenos la pueril y crónica dolencia de suponernos gratuitamente los primeros en cuantos hay, en clima, en riqueza, en valor y en ingenio. Y precisamente las seis u ocho novelas que produjo Del Castillo, son sentimentales y ultra-románticas. (1988, p. 28)

Por último, en 1928, González, en su *Historia de la literatura mexicana*, termina por sellar su olvido posterior:

Su instinto dramático ahógase en lamentaciones sensibleras. Todo lo idealiza sin medida. Es insufriblemente pedantesco en sus digresiones y metafisiqueos de mal gusto. Tan amante se muestra de las citas —reveladoras, por lo demás, de su semicultura revuelta e indigesta— que las menudea aún en diálogos, poniéndolos en boca de los personajes sin que estos se enteren. (p. 168)

Tendrían que pasar muchos años para que la obra del autor fuera rescatada, primero por la edición de su novela más conocida en Premià y después por algunos investigadores como Mata (2005), Esquivel (2007) y Sánchez (2015, 2017), que se han ocupado de su persona y de algunos de sus libros. A pesar de todo, existen aspectos que continúan inexplorados o que no han sido revisados a la luz de nuevas perspectivas de investigación, queda pendiente también el rescate de su quehacer periodístico o de sus historias de juventud no recopiladas en sus obras

<sup>2</sup> Como muestra el texto de Esquivel, “La mujer en la obra de Florencio María del Castillo” (2007).

completas. Es necesario voltear la mirada a sus escritos tal como eran leídos en su momento para entender la relevancia que tuvo, solo con esa condición es posible explicarse el entusiasmo que despertó entre sus contemporáneos. Al mismo tiempo, cabe también preguntarse sobre la representación de sus personajes masculinos, hasta ahora desatendidos por la crítica. Por lo que este artículo tiene como objetivo resolver esa omisión, sobre todo, a partir del análisis de un personaje que resulta peculiar por su función al interior de la novela.

### **HERMANA DE LOS ÁNGELES: UNA CUESTIÓN DE GÉNERO**

Aparecida en 1854, *Hermana de los ángeles* es una novela corta sentimental que pertenece a la primera etapa del romanticismo mexicano.<sup>3</sup> En ella, Rafaelita se casa con Manuel, un hombre que ha perdido la vista a causa de una enfermedad; ambos viven con Lorenzo, personaje misterioso que llega a la vida de la pareja de improviso y se queda con ellos como acompañante. Lorenzo está enamorado de Rafaelita, pero también mantiene un fuerte vínculo con Manuel. Los tres parecen vivir de una herencia exigua hasta que se les acaba. Debido a lo anterior, los esposos deben ponerse a trabajar. Él, como sabe tocar el violín, decide amenizar las fiestas donde lo llaman. Una de las casas a las que acude es la de Don Diego, el contrapeso antagónico de la historia, quien se enamora de Rafaelita. Para seducirla, planea deshacerse de Manuel cuando se da cuenta de que este tiene un enamoramiento por Dolores, su hermana. El plan le funciona, Manuel empieza una relación con Dolores—quien en un principio estuvo enamorada de Lorenzo—y, en el camino, gasta el último dinero que posee. Don Diego entonces toma la oportunidad y se acerca a la persona de su pasión, pero Rafaelita lo rechaza. Para salvaguardar el honor de sus amigos, Lorenzo reta a Don Diego a un duelo, pero es asesinado a traición. Rafaelita, sola, debe entonces huir de su casa y mantenerse de la costura. Poco después, Manuel es abandonado por Dolores y descubre que cometió un

<sup>3</sup> Entendemos por “sentimental” aquellas novelas que, como afirma Sarlo, se han ocupado (bajo distintas denominaciones) del “amor como sentimiento hegemónico y del mayor interés narrativo” (2012, p. 9). La aparición de este término pertenece a la modernidad e involucra una serie de rasgos que, en muchos casos, coinciden con los presentados en la novela de Del Castillo: su función en la enseñanza y aprendizaje de sentimientos por parte de las lectoras, su carácter de advertencia pedagógica para estas, el interés que presenta por la virtud y el amor “en relación con la familia y las jerarquías sociales” (p. 32), la conmoción física, el involucramiento corporal de los sentimientos, el obstáculo que les impide a los amantes estar juntos, los conflictos morales de la emergencia del amor, el tema del adulterio y su carácter popular. Denominamos la obra que nos atañe como novela corta sentimental siguiendo a Sánchez; aunque en su investigación considera a *Hermana de los ángeles* como una novela de sensibilidad (2017, p. 109), parece más bien ocurrir en un punto medio o de transición.

error al perder a su esposa. La busca hasta encontrarla en su lecho de muerte. Ella lo acepta de nuevo, lo redime y le da la esperanza de reencontrarse con Lorenzo, los tres juntos, en el más allá.

Como puede leerse, la historia se construye sobre el deseo amoroso de los personajes. El cuadro da cuenta de una realidad moral que escapa a las dinámicas del mundo externo. Su espacio de construcción es el ideal. Por lo que realiza una proyección axiológica sobre el telón de una sociedad naciente como México durante las primeras décadas del siglo XIX. Del Castillo, como liberal, buscaba aportar a la cimentación de las bases de la sociedad desde un punto de vista que mostrara la virtud como un rasgo que, sin importar las consecuencias, alcanzaba siempre una retribución. A raíz del cambio entre el Antiguo Régimen de tendencia monárquica, clerical, el Nuevo Régimen representativo, de búsqueda democrática, necesitaba reconstruir una identidad que permitiera unificar los territorios heterogéneos y claramente disgregados de la república.

El proyecto nacional de los liberales tendía justamente a la idea de educar a las personas para construir una identidad. La literatura de esa época respondía a esa búsqueda. Como indica Sánchez (2017, p. 12), Del Castillo pretendió que la novela corta se tomara en cuenta como un género serio al agregar citas y referencias a libros eruditos, a veces incluso sin que hubiera necesidad de hacerlo. Esta pretensión didáctica quizá también contribuyó al hecho de que su escritura fuera tan sentimental y lacrimógena, como lo indican críticos posteriores. Sin embargo, esos rasgos debieron ser determinantes para la recepción elogiosa de sus contemporáneos, desde Guillermo Prieto hasta José Zorrilla, pasando por Marcos Arróniz.

El papel de Rafaelita es uno de los elementos más destacados y que ha sido estudiado con detenimiento en *Hermana de los ángeles* (1854). La representación de los personajes femeninos en la literatura de este siglo, como lo señala Ortíz (2021), era dicotómica. Por un lado, aparecían mujeres que se salían de las normas, a veces intelectuales, a veces dedicadas a seducir, condenadas por la sociedad o vistas como un mal ejemplo, y, por el otro:

La fémmina ideal era la esposa fiel y abnegada, que se constituyó en guardiana de la familia, permanecía enjaulada en su casa y protegida de las “tentaciones” mundanas. Los liberales concibieron la utilidad de las mujeres en el proceso de construcción de la patria. Asimismo, se consideraba que la mujer liberada, desordenada, constituía un peligro social, porque al salir de casa se perdía el control sobre ella y podía ejercer libremente su sexualidad. Los valores femeninos que se defendían eran la fidelidad, la bondad, el amor, el sacrificio, la abnegación, la devoción, entre otros. Se pensaba que las mujeres garantizaban la felicidad particular y social. (p. 3)

La descripción parece mostrar la dicotomía existente entre Dolores y Rafaelita. Mientras la primera es una mujer que decide seducir a un hombre casado, que le interesa el placer carnal y busca su propio bien sobre el del resto; la segunda es caracterizada bajo el lugar común del ángel del hogar que se desvive por mantener su familia unida, que se muestra todo el tiempo buena y dulce. Las diferencias son evidentes: la tensión entre lo privado, constituido por una Rafaelita protectora del hogar; y lo público, representado por una Dolores que va a fiestas y se divierte bebiendo alcohol, configura también un imaginario del deber que buscaba transmitirse a las lectoras de dicho texto. Bajo esta perspectiva, en Del Castillo dicha intención aparece desmesurada, se lleva hasta sus últimas consecuencias y cae en el terreno del exceso, especialmente en el caso de Rafaelita, quien “es el ejemplo de la perfección, del amor puro, de la abnegación hasta el extremo de sufrir la infidelidad de su marido y aún así seguirle fiel hasta la muerte” (Esquivel, 2007, p. 84).

La muerte de Rafaelita, precisamente, resulta interesante porque le da sentido al título de la novela. Al expirar, su beatitud la hace semejante en condición de parentesco a la pureza de los servidores de Dios. El autor hace hincapié en el sacrificio de la protagonista, mira su pérdida como un acto de redención que pretende, a modo de mártir, lavar los pecados de Manuel para permitirle entrar al cielo. El contenido religioso es solo un pretexto para sugerir la unión erótica no consumada de los amantes, incluyendo en la ecuación al tercero, Lorenzo, en una especie de tríada amorosa poco común para la época.<sup>4</sup> El papel de Rafaelita es prístino al interior de la diégesis, es el ejemplo de la pureza que se esperaba en la mujer casada.

Nos detuvimos en este personaje porque es el que ha recibido mayor atención por parte de la crítica y porque se erige como un contrapunto de Lorenzo. Rafaelita, aunque termine por ser esquemática, como lo indica Ortíz (2021) a lo largo de su tesis es una de las primeras mujeres que sigue el modelo del ángel del hogar en México. Su aparición, treinta años después de la Independencia, prefigura a la Angelina de Rafael Delgado, a la Pilar de Altamirano, o a la Nieves de López Portillo. Ella forma uno de los ejes de esa extraña trinidad representada por Del Castillo en su novela; los otros dos, Lorenzo y Manuel, construyen cada uno un papel curioso para el modelo de matrimonio formado típicamente por la pareja de marido y mujer.

<sup>4</sup> Como punto de referencia se puede revisar la novela corta de José Joaquín Pesado *El amor frustrado* (1838), donde solo existe una pareja y un obstáculo para su amor: el esposo de la protagonista, en este caso solo hay un varón y una mujer, y no un tercer componente de la relación, como Lorenzo en *Hermana de los ángeles* (1854); aunque al final se descubre otro obstáculo en la relación consanguínea de los personajes.

## LORENZO COMO PERSONAJE MASCULINO

La primera mención que se hace de los tres personajes en la novela los presenta ya unidos por un vínculo comúnmente reservado a la pareja como resultado de un matrimonio: “Eran una joven y dos hombres, quienes, desde luego se conocía, formaban una sola familia” (Del Castillo, 1872, p. 217). El amor entre los tres, aunque platónico y etéreo, los hace formar una unión fuerte que supera las adversidades. Incluso en el instante final, Rafaelita y Manuel recuerdan a Lorenzo y lo hacen formar parte de sus ideas de paraíso: “En efecto, ¿no debía sentirse consolado en su soledad, fuerte en su debilidad si las almas de Rafaelita y de Lorenzo habían venido a completar la suya, como permite Dios que suceda entre los que mucho se aman [...]?” (p. 347).

Una primera lectura hace evidente la profunda religiosidad de la novela de Del Castillo. La mayor parte de las citas que aparecen en el texto, un total de treinta y nueve, según Mata (2005), refieren a textos religiosos o bíblicos. Los personajes continuamente comparan su experiencia vital con la experiencia mística. La novela guía al lector a tomar a los personajes como alegorías de un proceder divino. Así, la trinidad formada por Lorenzo, Manuel y Rafaelita podía ser aceptada por los lectores de su tiempo porque era una trinidad eucarística que, además, emulaba la trinidad insubstancial del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

La obra de Del Castillo, como lo menciona Esquivel (2007), solía contener una profunda veta religiosa, sus personajes a veces morían para conseguir una redención o se unían a un convento para escapar del mundo. De hecho, las intervenciones de Lorenzo muchas veces derivan en reflexiones religiosas que apelan a la expiación o a la fe. En este sentido, los personajes de *Hermana de los ángeles* (1854) no buscan una realidad afuera de su mundo, sino que se mueven bajo los hilos de un proyecto moral de educación sentimental religiosa; por ello, el exterior público, la representación de las calles y la ciudad resulta plástico y casi inexistente. Si se estirara la interpretación podría incluso abordarse la idea de matrimonio espiritual proveniente de los místicos, misma que se deja fuera de este estudio por tratarse de un aspecto que requiere su propio espacio. De ahí también que, salvo en el momento de la muerte de Lorenzo, la mayoría de las escenas ocurren en lugares privados: habitaciones, cuartos, dormitorios, salones de baile, salas de espera. El exterior parece vedado al lector como si ese afuera de la ciudad no existiera o como si el drama privado fuera un teatro de sombras.

Otra lectura, que es la que define el presente estudio, es la de pensar a Lorenzo y a los personajes bajo un dinamismo ético que busca, sí la ejemplaridad,

pero no bajo estándares religiosos, sino como una forma de mostrar a los lectores ciertas pautas del ideal romántico y civil. En este sentido, la novela de Del Castillo pareciera adelantarse a la formación del personaje romántico masculino que predominará en la segunda mitad del siglo XIX y que constituye una divergencia de la realidad común al redimensionar los papeles de género de los personajes y mostrarlos como entidades virtuosas. Esto ocurre en el caso de Rafaelita, pero sobre todo aparece en la figura masculina de Lorenzo.

Según Chouciño (2003) el personaje masculino de la novela hispanoamericana de sensibilidad se diferencia de otros personajes porque “carecen de perfil decidido, viril y fuerte —que otros seres románticos proyectan sobre su presente y futuros históricos— y muestran rasgos más tradicionalmente asociados a los femeninos junto con un fuerte tinte de añoranza de los tiempos pasados” (p. 23). Chouciño propone que este personaje masculino construye una idea de transición que se acerca al ideal del artista que va a aparecer con el modernismo. Es posible pensar en Lorenzo como un portador de esa masculinidad frágil o sensible que pertenece al romanticismo hispanoamericano de los personajes varones en la novela y que tiene como mayor parangón al Efraín de *María* (1867), de Jorge Isaacs. Sánchez (2017), por otro lado, hace la distinción entre novela de sensibilidad, novela corta sentimental y novela corta romántica del primer romanticismo mexicano. Aunque entre estos tres tipos de novela existen muchos elementos en común, “es en el cómo y con cuáles otros se relacionan los elementos del juego que estos tres tipos de narrativa se particularizan” (p. 41).

Después de diferenciar a la novela de sensibilidad, Sánchez aborda los puntos en común de las otras dos:

La trama de esas historias, tanto en la novela corta romántica como en la sentimental, acude a los caracteres del primer romanticismo mexicano, advertidos por Alfredo Pavón (2004): marco introductorio a la historia y los personajes a cargo del narrador; constante cortocircuito entre este último y el autor implícito; esquematismo moral y psicológico de los implicados en la intriga; núcleo familiar desgajado —por ausencia del padre, la madre o de ambos—; imposibilidad del amor —cuyo origen puede ser la diferencia de clase, la oposición política, la salud deficiente—; retorcimiento y truculencias de los avatares diegéticos —donde es notable la presencia de un secreto que finalmente es revelado— y continuas digresiones didácticas, moralistas, religiosas, descriptivas, ideológicas. (2017, p. 42)

Sin embargo, la novela corta sentimental posee su singularidad en el camino del personaje “de ese estado inicial en ese otro final: en el desplazamiento situacional

de la intriga, cuyo desarrollo dará plenitud al sentido de la historia misma por medio del cruce de las acciones de los personajes y su caracterización” (p. 42). Dicho desplazamiento tiene un carácter principalmente moral, los personajes no pueden llegar a una unión física por el impedimento de su visión axiológica. Como se puede intuir, la historia de *Hermana de los ángeles* (1854) es una novela corta sentimental en cuanto a su estructura y características que se acercan a lo estudiado por Sánchez (2017) y Pavón (2004). Aunque la pareja principal compuesta por Rafaelita y Manuel parecen pertenecer al modelo de la novela corta sentimental, la representación de Lorenzo es más parecida en sus rasgos al personaje masculino de la novela de sensibilidad.

Si seguimos lo que propone Chouciño (2003) es posible pensar que se trata de un personaje anacrónico respecto a los que aparecerán a partir de la segunda mitad del XIX. Sin embargo, si se recurre a los estudios de las masculinidades es interesante pensar en Lorenzo desde la diversidad de posibilidades que se encuentran en la realidad y que no necesariamente se corresponden a un periodo, sino que conviven entre sí a partir de una multiplicidad del ser hombre (Peluffo y Sánchez, 2010, p. 15). Como bien lo señala Connell (2003), la masculinidad hegemónica es diversa, pero se construye sobre la dominación masculina en ámbitos asociados por lo común a la hombría. La masculinidad de Lorenzo resulta contradictoria respecto a la de otros personajes románticos de su periodo, como el ejemplo mencionado de la novela corta *El amor frustrado* (1839), de José Joaquín Pesado, donde el protagonista es proactivo e intenta acercarse a la mujer que ama; caso contrario de Lorenzo cuya pasividad y cercanía con Rafaelita pasa también por su relación homosocial con Manuel. Entre estos dos personajes existe una escisión que encarna dos configuraciones de lo masculino. Mientras en Manuel, cuyo amor se relaciona con lo corporal, es decir, con ámbitos de una masculinidad asociada al deseo y a la virilidad,<sup>5</sup> se encuentra una especie de figura romántica que cae en desgracia y luego es redimida por el amor virtuoso de Rafaelita, en Lorenzo se encuentra alguien sensible cuyo comportamiento se mueve por ideales de honor, amor y entrega. Del Castillo lo caracteriza de la siguiente forma:

<sup>5</sup> De ahí que venga acompañado de una vida pública en donde se involucran fiestas y una caída en el alcohol, rasgos asociados también con una masculinidad violenta. La caracterización de Manuel requeriría otro espacio para analizarla. Como se puede intuir, Lorenzo, en contraposición, representa un carácter relacionado con la esfera privada: poeta que desde la intimidad observa el mundo, pero que no duda en batirse a duelo cuando es necesario.

Lorenzo era un joven alto, pálido, nervioso, en cuya frente se dibujaba esa sombra misteriosa que parece ser el presagio de una muerte prematura.<sup>6</sup> Huérfano desde el momento en que vio la luz primera, y criado por personas extrañas, había vagado por el mundo como un ser extraño y solitario. Era tímido como una doncella, melancólico como un ángel desterrado del cielo, delicado como esas flores de otro clima a las cuales hasta la luz ofende.

Manuel había sido su primera afición; él fue quien vino a despertar su alma. En el comercio de aquellos dos corazones había, pues, algo del amor que enlaza a la madre y al hijo. (1872, p. 254)

Lorenzo es caracterizado con rasgos típicamente asociados a lo femenino. Su rol en la sociedad está desplazado y se descubre en su caracterización una veta romántica que recuerda a los protagonistas de los que habla Sommer en *Ficciones fundacionales* (2004) o de los que trata Chouciño (2003), y que caracterizan la novela romántica de sensibilidad de la segunda mitad del siglo XIX. Su delicadeza configura un personaje que intenta salvaguardar a aquellos que ama, mientras se mueve en una esfera de valores distinta a la de otros sujetos. Esa misma esfera es la que lo precipita a su perdición.

Así pues, su masculinidad está atravesada por un deseo no consumado que involucra a la pareja formada por Manuel y Rafaelita. Al no poder formar parte de la relación entre los protagonistas, su presencia parece movilizadora por la imposibilidad de amar corporalmente a ninguno de los dos, aunque sí los ame en un aspecto espiritual. Hay, bajo esta perspectiva, una negación de su cuerpo, de su existencia física, elemento que también caracteriza a otros personajes de la obra de Del Castillo: “cabe mencionar que todos los personajes de Florencio, sean hombre o mujeres, [...] tienden a negarse el placer, no porque no deseen ser felices, sino porque lo consideran inapropiado para su naturaleza” (Esquivel, 2007, p. 54). Una especie de sublimación del erotismo les impide trascender la barrera de lo ideal para consumir sus impulsos en el cuerpo. Lorenzo se convierte en parte simbólica de la relación, y cuando tienen celos él los siente, cuando aman, él ama, y cuando es necesario salvaguardar el honor del matrimonio, él es quien lo hace. Señala Sommer (2004) sobre la novela romántica:

Los únicos problemas parecen ser externos a la pareja. El hecho de que estos problemas puedan frustrar el romance es algo que alimenta nuestro deseo de verlo florecer. De modo

<sup>6</sup> Resulta curiosa esta descripción porque se parece a la que se ofrece de Rafaelita al inicio de la novela, estableciendo una relación semántica entre los tres personajes, unidos por un mismo impulso, pero separados en cuanto a los objetivos que cumplen al interior de la novela corta.

que no solo es el deseo que se duplica en el nivel público y privado; también es el obstáculo público que impide (e incita) los proyectos eróticos y nacionales. Una vez que la pareja afronta el obstáculo, el deseo se refuerza junto con la necesidad de superar el inconveniente y consolidar la nación. Esa promesa de consolidación constituye otro nivel de deseo y subraya el objetivo erótico, que es también una expresión microcósmica de la nación. Este movimiento en zigzag describe un tipo de alegoría que funciona sobre todo mediante asociaciones metonímicas entre la familia y el Estado, más que mediante el paralelismo de la analogía metafórica. (pp. 67-68)

El obstáculo en el caso de Lorenzo es la existencia de Manuel, con quien se identifica y a quien también ama. No obstante, la imposibilidad de establecer una relación con Rafaelita no le impide batirse a duelo por ella, es decir, Lorenzo asume el papel viril de salvaguardar la honestidad de su amor incluso cuando sabe que no puede haber una unión corporal entre ambos. El narrador intenta justificar el amor de los tres protagonistas atendiendo a un símil con la unión de los santos o los sacerdotes con Dios. Sin embargo, el drama que está contando no es un drama religioso, los personajes no se encuentran atados a los estamentos sacros, su carácter es civil, su tragedia pertenece al ámbito de lo laico. En este sentido, se crea una tensión al interior del texto que da cuenta también de la tensión que probablemente existía entre los nuevos habitantes de la República quienes debían transformar su sistema de valores religioso a uno secular. La aparición de Manuel y de Lorenzo, a pesar de que intenta ser justificada por un amor del espíritu, en realidad es plenamente una representación civil, donde la preocupación se encuentra inscrita en las relaciones de pareja y su papel en la sociedad privada. La pareja romántica convencional que en otra historia formarían Rafaelita y Lorenzo, en *Hermana de los ángeles* (1854) no existe debido a que Rafaelita se encuentra casada con Manuel.

El intachable modelo de una masculinidad sensible que intenta configurar el narrador llega al extremo de volver a Lorenzo una especie de artista frustrado en sus sentimientos, en sus ilusiones, en su amor virtuoso: “Lorenzo, meditabundo, concentrado dentro de sí mismo, no comprendía los ojos de Dolores [...]; elevada su alma a las más altas regiones del sentimiento, no percibía tampoco la dulzura fascinadora de la voz de la viuda” (Del Castillo, 1872, pp. 288-289).

De esta manera, el modelo masculino planteado por Chouciño (2003) para la segunda mitad del siglo XIX encuentra en Lorenzo un precursor que no termina de constituirse como protagonista de su obra. Esto se vuelve más evidente cuando se revela, poco antes del duelo que lo lleva a la muerte, la vocación de poeta del

joven: “Empleó una parte de la mañana en rasgar algunos papeles, ensayos de esa poesía melancólica y sentida de los corazones de veinte años, gemidos de su alma, aspiraciones a la libertad, ese ídolo de los seres puros y generosos” (Del Castillo, 1872, p. 309). Lo cual recuerda a lo dicho por Chouciño sobre los personajes masculinos de la novela de sensibilidad: “cuestionan la imagen de virilidad, [...] los personajes se vuelven hacia las tareas artísticas e intelectuales” (2003, p. 24). Ante la imposibilidad total de su amor con Rafaelita, la personalidad de Lorenzo no se vuelve sobre el arte por completo, sino que renuncia a él para accionar contra el que mancilla el honor de la persona deseada.

Su muerte, entonces, no solo refuerza el patetismo de la novela, sino que también contribuye a potenciar el sacrificio del ideal romántico masculino. El camino que lo lleva de su casa a la de Rafaelita y luego a la calle, hasta el lugar convenido para el duelo, es la única secuencia que ocurre en el exterior (el resto son menciones o breves pasajes). La descripción que realiza el narrador de esta escena hace pensar en cómo la naturaleza y el espacio, durante el romanticismo, respondía a los estados de ánimo de los personajes. El conjunto de las descripciones prepara al lector para lo que se avecina y sienta las bases de la tragedia futura: “Dieron la vuelta a la iglesia, por cuya puerta se escapaba un apacible aroma de mirra, como convidándolos con su tranquilidad, y comenzaron a bajar por una vereda sembrada a uno y otro lado de espinos y nopales” (Del Castillo, 1872, p. 311). Lorenzo vence en la afrenta, pero perdona a su adversario y es asesinado a traición, su pérdida deja tras de sí solo el lamento de un lacayo que deplora el comportamiento del joven: “era muy inocente con sus ideas caballerescas...! El amor trastorna esas cabezas de veinte años...” (p. 314).

Lorenzo no cumple por completo con las características que lo podrían hacer un protagonista de la novela de sensibilidad; sin embargo, su adecuación como protagonista de la novela corta sentimental también está en duda. Si atendemos a lo dicho por Sánchez (2017), *Hermana de los ángeles* (1854) se acerca a la concepción más prototípica del género al que pertenece, pero Lorenzo introduce un elemento perturbador que lo vuelve un personaje romántico, cuyo papel resulta peculiar por los rasgos masculinos semejantes al protagonista de la novela de sensibilidad y por formar parte de una relación amorosa compuesta por tres ángulos.

## CONCLUSIONES

La obra de Florencio María del Castillo aún requiere de lecturas que permitan entender la forma en que fue leído por sus contemporáneos para que recibiera

tantos elogios. Descalificar el trabajo como configurador de realidad y de una nación secular que realizó para la formación de las lectoras de la época significa no mirar la importancia que la literatura tuvo en el siglo XIX para la consolidación de una identidad nacional, de los ideales civiles para la formación del matrimonio y para sentar las bases de una modernidad que se abrió camino a trompicones hacia nuestro tiempo.

*Hermana de los ángeles* (1854) se erige como su obra más extensa, en donde los conflictos amorosos siguen la línea de la novela corta sentimental. La caracterización que hace de Rafaelita se adecúa a la del resto de mujeres al interior de su obra, así como a la de otras protagonistas de la novelística decimonónica. Su beatitud redime a su marido y forja un modelo de mujer, ángel del hogar, que perviviría por lo menos hasta la aparición de *Santa*, de Federico Gamboa, en 1903, con la que podemos encontrar un rasgo compartido: su relación con alguien que no puede ver.

El personaje de Lorenzo constituye un caso particular de especial atención por diversas razones: no se trata del protagonista de la historia, pero el papel que cumple adquiere importancia como eje de la pareja principal; la representación de su masculinidad, aunque presente en la realidad de la primera mitad del siglo XIX, se popularizó hasta la llegada de la novela de sensibilidad, por lo que es anterior a la aparición de novelas como *María* (1867), de Jorge Isaacs. Su caracterización se realiza en una suerte de feminización que lo presenta como alguien frágil, ensimismado, reflexivo, en contraposición de la masculinidad activa y pública que se buscaba como ideal de la masculinidad hegemónica (Peluffo y Sánchez, 2010); su ámbito de acción parece acercarlo a Rafaelita en la medida en que ambos pertenecen a la esfera privada como salvaguarda del hogar, si bien decide batirse a duelo, esta decisión solo refuerza una añoranza por ideales del pasado frente a una modernidad hispanoamericana cambiante. Debido a su sensibilidad, a su visión idealista, a su reforzamiento del *yo* por medio de su retraimiento, a su amor virtuoso que ignora lo corporal, su papel masculino está relegado a compartirse con Manuel.

En este sentido, cabría concluir que existe un desdoblamiento identitario que construye por un lado a un personaje movido por su deseo corporal, sinónimo de pecado en este tipo de narraciones; y por el otro a un personaje romántico que trastoca la masculinidad de la época con rasgos de una sensibilidad particular. La redención de Manuel solo es posible a través de la muerte de su contraparte Lorenzo. Asimismo, hacia el final, la insistencia del narrador por nombrar a los tres personajes como una trinidad que se reúne después de la muerte solo contribuye aún más a este desdoblamiento: “En efecto, ¿no debía sentirse consolado en su sole-

dad, fuerte en su debilidad, si las almas de Rafaelita y de Lorenzo habían venido a completar la suya...?” (1872, p. 396).

De esta manera, aunque la novela se constituye con las características comunes en su época, la construcción de Lorenzo se acerca a una masculinidad sensible que aporta a la constitución de una identidad romántica ensimismada, la cual prepondera el *yo* sobre el bien público. Para él lo importante son sus ideales de honor, su amor por Rafaelita y su relación con Manuel. Todo ello redundando en la posibilidad de interpretar su caracterización como un acercamiento posible a una sensibilidad masculina íntima en la naciente sociedad mexicana, caracterización que también pone en crisis la masculinidad hegemónica de acción pública.

## REFERENCIAS

- Altamirano, I. M. (1868). *Revistas literarias en México*. Ciudad de México: T. F. Neve Impresor.
- Del Castillo, F. M. (1872). *Obras completas de Florencio M. del Castillo*. Ciudad de México: Imprenta en la calle cerrada de Santa Teresa no. 3. <https://www.cervantesvirtual.com/obra/obras-completas-0/>
- Del Castillo, F. M. (1982). *Hermana de los ángeles*. Ciudad de México: Premià.
- Chouciño, A. G. (2003). *La imagen masculina en la novela de sensibilidad hispanoamericana*. Veracruz: Universidad Veracruzana.
- Connell, R. (2003). *Masculinidades*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Esquivel, D. M. R. (2007). *La mujer en la obra de Florencio María del Castillo* [Tesis de maestría]. Universidad Nacional Autónoma de México. <https://tesiunamdocumentos.dgb.unam.mx/pd2007/0616269/Index.html>
- Gamboa, F. (1988). *La novela mexicana*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- González, C. (1928). *Historia de la literatura mexicana*. Ciudad de México: Porrúa.
- Mata, O. (2005). “Florencio M. del Castillo: el traductor de los dolores del pueblo”. *Fuentes humanísticas*, 17(30), pp. 143-154. <https://fuenteshumanisticas.azc.uam.mx/index.php/rfh/article/view/867>
- Mata, O. (2013). *La novela corta mexicana en el siglo XIX*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ortíz, M. de L. (2021). “Análisis de los personajes femeninos decimonónicos en la narrativa mexicana: la mujer sumisa frente a la coqueta y liberada”. *Metáfora*.

- Revista de literatura y análisis del discurso*, 3(6), pp. 1-21. <https://metaforarevista.com/index.php/meta/article/view/82>
- Pavón, A. (2004). *Al final, reCuento: I. Orígenes del cuento mexicano: 1814-1837*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana / Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Peluffo, A. y Sánchez, I. (Eds.) (2010). *Entre hombres. Masculinidades del siglo XIX en América*. Madrid: Iberoamericana.
- Sarlo, B. (2012). *Signos de pasión. Claves de la novela sentimental del Siglo de las Luces a nuestros días*. Buenos Aires: Biblos.
- Sánchez, S. (2015). “La narrativa breve de Florencio M. del Castillo”. *Monolito XVII*, pp. 8-14. <https://revistaliterariamonolito.blogspot.com/2015/04/la-narrativa-breve-de-florencio-m-del.html>
- Sánchez, S. (2017). *La novela corta y el cuento romántico sentimentales de Florencio María del Castillo* [Tesis de maestría]. Universidad Veracruzana. Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias. <https://cdigital.uv.mx/items/9f9c6576-c745-41ee-877f-986a910d4557>
- Sommer, D. (2004). *Ficciones fundacionales. Las novelas nacionales de América Latina*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.